

señales de comenzar á retroceder. Apretaron los castellanos, y entónces los indios se desbandaron completamente y desaparecieron entre la espesura del bosque. Cogolludo, que es el único historiador que habla de esta batalla, dice que tuvo lugar á fines del año de 1527 y asegura que murieron en ella mas de mil doseientos indios (15). D. Justo Sierra añade que el Adelantado perdió una tercera parte de sus fuerzas (16); pero ignoramos la fuente de donde tomó este dato, porque Cogolludo solo dice que murieron algunos españoles y salieron heridos otros (17).

La victoria de Montejo fué decisiva. Tal impresión, sin embargo, debió hacer en su ánimo el valor de los mayas, que creyó necesario ponerse al abrigo de alguna fortaleza. Con este objeto se dirigió á Chichen Itzá, de que probablemente le habia hablado su guia; y como los grandes edificios que allí encontró, le parecieron una defensa suficiente contra las flechas de sus enemigos, determinó establecerse por entónces allí para comenzar su obra de pacificación. Hizo construir para sus soldados algunas cabañas de palma y de zacate, semejantes á las que usaban y usan todavía los mayas, y procuró atraerse á los habitantes de los cacicazgos vecinos con aquellas medidas blandas y prudentes, que tanto se amoldaban á su carácter conciliador.

Sea que el Adelantado tuviese un poder irresistible para captarse la voluntad de los indios, sea que estos hubiesen que-

(15) Historia de Yucatan, libro II, capítulo VI.

(16) Los indios de Yucatan, capítulo I.

(17) Stephens, en su *Viaje á Yucatan* tomo II, capítulo XXIV, pretende que la batalla de que acabamos de hablar, se dió en el sitio que hoy ocupa una hacienda denominada *Aké*, al sur de Caealchen. Se equivocó evidentemente el ilustre viajero. Viniendo el Adelantado de Coní ó Conil á Chichen Itzá, donde despues se estableció, debió haber tocado en el pueblo que hoy se llama *Donot Aké*, donde creemos que tuvo lugar el combate con los indios. Así lo hace comprender además la circunstancia referida por Cogolludo, de que este pueblo se hallaba á inmediaciones de *Charuahaá*, donde primitivamente fué fundada mas tarde la villa de Valladolid.

dados amedrentados con su derrota en *Aké*, sea en fin que fingiesen acceder hipócritamente á los deseos del conquistador, el caso es que no resistieron por entónces el establecimiento de las encomiendas, que se intentó desde entónces, como una de las concesiones mas importantes de la capitulación. Con este objeto el Adelantado hizo bajar á Chichen á los indios que habian manifestado ya disposicion de someterse, les dió á reconocer sus respectivos encomenderos y les impuso de sus obligaciones, que por entónces se redujeron probablemente á abastecer de cierta cantidad de víveres el campamento.

Los indios se prestaron de tan buena voluntad á esta primera exigencia, que Montejo creyó que podia dar otro paso en la vía á que se habia lanzado, siempre en observancia de la capitulación, único código político de los invasores. Fundó en Chichen una ciudad con el nombre de *Salamanca* (18), y se asentaron como vecinos de ella, ciento sesenta de los españoles que traia consigo.

Hasta aquí todo parecia marchar perfectamente. A fin de que los indios no perdiesen el respeto que habia sabido infundirles el valor castellano, Montejo hacia salir diariamente de la nueva ciudad varias partidas armadas, que así servian para reconocer la tierra, como para recoger los tributos de las encomiendas. Sin embargo los invasores no se hallaban contentos. Comenzaban á escasear en el campamento algunos efectos de Castilla, que no podian procurarse en Yucatan, y que era imposible sacar de los navíos, porque no se habia tenido cuidado de conservar expedita la comunicacion con la playa.

Habia sobre todo una causa de descontento universal. Todas las indagaciones que se habian hecho para averiguar si el país producía minas de oro y plata, habian sido hasta allí infructuosas. Cuando los indios eran interrogados sobre el par-

(18) Cogolludo, *ubi supra*.

ticular, respondian siempre negativamente con uniformidad desesperante. Pero un día circuló entre los invasores una noticia que conmovió á todo el campamento. Decíase que hacia el rumbo de Bakhlal habia oro con abundancia, especie que probablemente soltarian con malicia los indios, con el ánimo de dividir á sus enemigos para debilitarlos. Si ésta fué su intención, alcanzaron completamente su objeto, porque el Adelantado, haciéndose eco de la aspiración general, despachó inmediatamente para aquella lejana provincia al capitán Alonso de Avila con cincuenta infantes y diez y seis caballos. Llevó instrucciones para atraer á los indios á la obediencia del rey de España, para fundar una ciudad en el asiento que creyese mas adecuado, y sobre todo, para reconocer las minas, con cuyo objeto llevó en su compañía á un individuo bastante versado en la mineralogía, llamado Francisco Vasquez.

Este movimiento fué de consecuencias desastrosas para el ejército invasor. Luego que los indios notaron que habia disminuido el número de los pobladores de Chichen, creyeron llegado el momento de sacudir el yugo que se les habia impuesto. Comenzaron á negar á sus encomenderos el tributo que ántes pagaban voluntariamente, tal vez con la esperanza de que los castellanos abandonarían el país para no morir de hambre. Pero éstos no se hallaban reducidos todavía á tan lamentable extremo. Las partidas que diariamente salian del campamento, tuvieron ya por única ocupación recorrer los pueblos encomendados para exigir con las armas en la mano los bastimentos de que tenian necesidad. Los indios no opusieron al principio mucha resistencia, pero llegó un día en que los españoles tuvieron necesidad de librar un combate en cada encomienda. La nueva Salamanca no podia proveerse de víveres, sino al precio de la sangre de sus pobladores. Y como éstos eran pocos, Montejo calculó con espanto que si aquella situación se prolongaba por algun tiempo, su ruina era irremediable.

Para disminuir en lo posible estos encuentros, adoptó la medida de hacer salir los destacamentos ántes de amanecer y con todo el secreto que se podia. Vana precaucion! Los indios de la comarca habian celebrado una nueva coalicion con sus vecinos, y su número habia llegado á ser tan exorbitante, que todos los alrededores de Chichen eran recorridos por las bandas de sus guerreros. Ningun destacamento español dejaba de tropezar con alguna de estas bandas; y si como sucedia casi siempre, el combate se empeñaba al instante, éste era de funestas consecuencias para los castellanos, porque al estampido de sus armas de fuego, numerosos escuadrones de indios acudian al auxilio de sus compatriotas, y aquellos no tenian otro recurso que retirarse á su campamento con el mayor órden posible. Y diariamente habia que deplorar la muerte de uno ó mas compañeros abandonados en el campo de batalla y escuchar los lamentos de los que volvian heridos y maltrechos del combate.

Acaeció en uno de estos encuentros un hecho singular, que probó á los invasores el indomable orgullo de que se hallaba poseida la raza que intentaban sojuzgar. Habia un ballestero español cuya destreza habia causado tanto estrago en las filas enemigas, que los indios llegaron á señalarle y á jurar su exterminio. Ofrecióse á cumplir con este juramento un indio, que gozaba de gran reputacion entre los suyos por su habilidad en disparar la flecha. Un dia que el ballestero y el flechero se encontraron en el campo de batalla, comenzaron una especie de combate singular, procurando aprovechar cada uno un descuido de su contrario para herirle. El indio que comprendió el designio del español, aparentó un instante no cuidarse de él á fin de obligarle á salir al raso á disparar su ballesta. El español cayó en el lazo y apenas habia salido la jara, el maya armó su arco y disparó su flecha. Ambos quedaron heridos: el primero en un brazo y el segundo en medio del pecho. Conociendo el

indio que aquella herida iba á causarle la muerte, se ahorcó con un bejuco á la presencia de los dos campamentos, para que no se dijese nunca que habia sido vencido por un castellano.

La situacion del Adelantado se hacia cada vez mas angustiosa. El número de sus soldados se iba disminuyendo notablemente y no podia recibir socorro de parte alguna. Varios meses hacia que Alonso de Avila habia partido para Bakhalal, y ninguna noticia se habia recibido de su paradero. Á juzgar por lo que pasaba en Chichen, Montejo llegó tal vez á imaginarse que el valiente contador habia perecido con la corta fuerza que llevó á sus órdenes. Entónces fué cuando conoció el error que habia cometido en fraccionar su pequeño ejército; porque fuera de que la separacion de sesenta soldados habia debilitado mucho su campamento, hacíanle falta el valor y la esperiencia del antiguo compañero de Hernan Cortés, acreditados en mas de una ocasion difícil.

Pero no era aquel el instante oportuno de entregarse á un estéril arrepentimiento. Era necesario obrar con prontitud y energía. Ya no solo faltaban á los españoles los objetos de Castilla, de que hacia tanto tiempo estaban privados, sino hasta las provisiones para su rancho diario. Los indios se habian engreido tanto con sus pequeños triunfos de los últimos días, que habian cercado completamente á Chichen, aunque á considerable distancia, porque comprendían que los extranjeros eran inexpugnables en su fortaleza. Las partidas de que hemos hablado, intentaron romper alguna vez este cerco para proveerse de víveres; pero sus esfuerzos se estrellaron siempre contra el valor de sus enemigos. Montejo comprendió entónces que su pequeño ejército estaba de todas maneras condenado á perecer. Si las armas americanas eran impotentes contra las suyas, el hambre se encargaría de destruirlo. No le quedaba mas que elegir el género de suplicio, de que debia morir. El valor castellano no titubeó un momento en la eleccion. Pero como

el enemigo no se atrevia á atacar el real, Montejo determinó salir con los suyos á buscarle.

Luego que los indios vieron á los españoles en campo raso, poblaron el aire con sus gritos, sus vocinas y atabales, y una muchedumbre inmensa de guerreros acudió al lugar de donde partia este estruendo salvaje. Empeñóse al instante una batalla mas sangrienta todavía que la de Aké, porque el número de los indios era entónces considerablemente mayor, y se formaron el propósito de acabar en aquel dia para siempre con todos sus enemigos. Inútil era que las armas de fuego sembrasen el campo de cadáveres: inútil que los ginetes desordenasen los escuadrones con sus terribles lanzas y el espanto que infundian: los dispersos volvian con algazara á ocupar su puesto, y los muertos eran reemplazados con nuevos combatientes, que acudian de diversos puntos de la tierra.

Comenzaba á reinar el terror en las filas españolas. Gran número de soldados caia atravesado por las flechas, y las terribles lanzas y espadas de pedernal concluian la obra. Los caballos, esos mónstruos de naturaleza desconocida, contra los cuales asestaban de preferencia sus tiros los aborígenas, arrastraban en su caída á sus ginetes, y unos y otros perecian al instante, porque ninguno que caia, volvia á levantarse. El corazon de Montejo se oprimia de dolor, porque ya no podia volver los ojos á ninguna direccion sin encontrar con algunos compañeros difuntos, ó luchando ya con las convulsiones de la agonía. Entónces dió la orden de replegarse á Chichen para conservar el corto número de soldados que le quedaba. La retirada se verificó con orden, y los indios no se atrevieron á seguir á sus enemigos, no obstante que iban casi todos heridos y que dejaban ciento cincuenta cadáveres en el campo de batalla.

El Adelantado no reconoció toda la extension de sus pérdidas, sino cuando hubo entrado en el real y hecho requisicion de su gente. Quizá entónces comprendió por la vez primera

que no le era posible luchar ya contra la indomable raza de los mayas. Si él se había hecho la ilusión de amedrentar á los indios con una batalla campal, la derrota que acababa de sufrir, debía quitarle toda esperanza. Los elementos con que había desembarcado estaban reducidos ya á la tercera parte, y la imposibilidad de aumentarlos y aun conservarlos, le obligó á tomar la determinación de abandonar por completo á Chichen, buscando un refugio en sus navíos. Pero hasta esta retirada á las costas se hallaba erizada de peligros. Los indios continuaban velando al rededor del campamento, y no era muy fácil burlar su vigilancia. El Adelantado ocurrió, sin embargo, á un ingenioso estratagemata, que logró adormecerla en parte.

Decidida la hora de la retirada, los castellanos salieron una tarde de su campamento y se pusieron á escaramusear con los indios á fin de cansarlos é impedir con esto que velaran durante la noche. Cuando el sol se hubo ocultado en el occidente, los sitiados se replegaron á sus estancias, y despues de algunas horas de reposo, se levantaron y salieron todos de Chichen, guardando el mayor silencio posible. Habian atado un perro á la lengua de una campana y colocádole un pan al alcance de su olfato, pero no de su boca. Los esfuerzos que el desventurado animal hizo al principio para seguir al ejército que lo abandonaba, y despues para alcanzar el pan de que harta necesidad debia sentir su estómago, produjeron el efecto de que la campana estuviese dejando oír sus tañidos toda la noche. Los indios, que escuchaban este ruido en el campamento, no sospecharon por mucho tiempo, ni remotamente, que hubiese sido abandonado; pero cuando los primeros albores de la mañana revelaron la realidad á los mas audaces que se acercaron á la fortaleza, rugieron de vergüenza y de cólera y corrieron en pos de los fugitivos.

Entretanto los españoles, que habian tenido la fortuna de no tropezar con ningun maya en su tránsito, avanzaban con pri-

sa hácia el Norte, aunque no con toda la que hubieran deseado, porque se los impedia la estrechez de los caminos. Hácia la mitad del dia, la retaguardia fué alcanzada por los indios, que como se habian dividido para buscar en distintas direcciones á sus adversarios, eran ahora pocos, comparados con los que habian asistido á los últimos combates. No obstante la disminución de su número, molestaban hartó á los castellanos, y entre otros gritos con que ensordecian la tierra, los denostaban de cobardes, porque habian huido secretamente de Chichén. Algunos soldados exasperados con tanta injuria, quisieron detenerse, para vengar con sangre esta afrenta; pero el hijo del Adelantado, que aunque jóven, demostraba ya las grandes cualidades que habia de desplegar en su mayor edad, los contuvo, haciéndoles comprender que toda detención daria lugar á que fuesen alcanzados por el grueso del ejército enemigo. La insolencia de los indios era sin embargo tanta, que el Adelantado hubo de disponer que seis ginetes se emboscasen en lugar donde pudiesen maniobrar, á fin de alcanzar á sus perseguidores cuando enfrentasen con ellos. Cumplióse la orden del caudillo, y aunque los indios se desconcertaron de pronto con este ataque inesperado, hubo alguno tan audaz, que detuvo á un caballo que corria, asiéndole de una pierna, como si fuese un carnero (19). Desde este momento los mayas comenzaron á aflojar en su empeño, y cuando los españoles llegaron á las aguadas de Buetzotz, donde la casualidad los llevó, ningun indio iba ya en su seguimiento (20).

(19) El mismo, obra citada, libro II, capítulo IX. --Herrera, Historia general.

(20) En el Museo de esta capital hemos visto una pequeña pieza de artillería de unos tres piés de longitud, que segun nos ha informado su actual Director, D. Juan Peon Contreras, fué encontrada á las inmediaciones de Chichén Itzá. Se presume que sea un falconete abandonado por los españoles en su marcha precipitada hácia la costa, de que se habla en el texto.

Francisco de Montejo dió allí algun descanso á sus fuerzas, y en seguida se dirigió á la costa en busca de sus naves. Encontrólas no se sabe dónde (21): se metió en ellas con los restos de su desgraciada expedicion y fué á desembarcar en Campeche, no en son de conquista, sino con la moderacion del que solicita hospitalidad de un enemigo generoso.

¿Qué era entretanto de Alonso de Avila y de sus valientes compañeros?

(21) Landa y Herrera pretenden que los españoles hicieron el viaje á Campeche por tierra, escoltándolos por todo el camino Mux Chel, cacique de Gilam, y dos jóvenes principales de Yobain. Cogolludo sujeta esta opinion á una crítica muy juiciosa, y observa que destrozado como se hallaba, el pequeño ejército de Montejo, no hubiera podido hacer una travesía de cincuenta leguas entre pueblos enemigos y belicosos, por mas que viajase bajo la ejida de aquellos tres personajes, cuya influencia, por otra parte, no pasaba mas allá de los límites de sus respectivos dominios. Si á esto se añade que Cogolludo se funda en la autoridad del bachiller Valencia, quien expresamente asegura que el viaje se hizo por mar, se comprenderá cuánta razon hemos tenido en adoptar la opinion del texto.



CAPITULO VIII.

1528-1530

Expedicion de Alonso de Avila en busca de las minas.

—Fundacion de otra poblacion española en la península.—Insurreccion de los naturales.—Vanos esfuerzos que hace el contador para comunicarse con Montejo.—Medios de que se vale.—Situacion extrema á que se vé reducido.—Abandona por fin á Villa-Real.

Cuando sin ninguna preocupacion en favor de las dos razas contendientes, nos fijamos en esos tiempos aciagos, pero heroicos de la conquista, no podemos ménos que tributar un homenaje de admiracion á muchos de los hombres, que desplegaron en ella cualidades extraordinarias. El corazon se estremece de espanto cuando seguimos con el pensamiento á aquellos rudos y enérgicos castellanos al través de las selvas en que se internaban, en un país que no conocian y poblado comunmente de millares de enemigos. Tal es la impresion que ha causado siempre en nosotros la expedicion de Alonso de Avila.

Se recordará que el contador solo llevaba consigo cincuenta infantes y diez y seis caballos. Partió valerosamente por la